

Lección 23

14 de junio de 1967

El análisis puede ser “interminable” pero no un curso. Se requiere que tenga un fin. Entonces el último de este año tendrá lugar el próximo miércoles. Este es, pues, el penúltimo.

Este año escogí que no hubiera seminario cerrado. No obstante, le abrí campo, por lo menos, pido excusas si olvido alguno, por lo menos a dos personas que me aportaron aquí su contribución.

Tal vez al comienzo de este penúltimo curso haya alguno de entre ustedes, alguno o varios, que tuviera a bien decirme, tal vez, sobre qué le gustaría verme, quién sabe, poner un poco más el acento... o dar una respuesta... esbozar una continuación para el futuro; y esto, ya sea en esta penúltima lección o en la última. En fin, veré si puedo responder a eso hoy. Me esforzaré por lo menos en indicar en qué sentido puedo responder –o, si no, no sé, no responder– la próxima vez. Total, si algunos de ustedes tuvieran a bien, aquí, enseguida, rápidamente, darme al respecto, si puedo decir, algunas indicaciones de lo que quieren, de lo que he podido permitirles desear respecto al campo que este año articulé sobre la lógica del fantasma, pues bien, le estaría muy agradecido. Bueno, ¿a quién la palabra? No hay que darle largas, por lo demás. ¿Quién la pide? Bueno... ¡Está caliente! Bueno, pues bien, no hablemos más de eso, por lo menos por el momento. Quienes sean de inspiración retardada tal vez puedan enviarme una notita... Mi dirección está en el directorio, es calle de Lille. Además, yo no creo que tengan dudas; que yo sepa, soy el único, por lo menos en este lugar, en ser ubicado como Doctor Lacan.

Bueno... Entonces, retomemos. Voy a proseguir entonces en el punto en que dejamos las cosas y como ya no tenemos mucho tiempo para cerrar lo que puede pasar para formar cierto campo, cernido, en lo que dije este año, voy ¡Dios mío! a esforzarme para indicarles los últimos puntos de referencia, de una manera tan simple como pueda.

Voy a intentar simplificar, por supuesto, lo cual supone que les advierta qué puede querer decir esta simplicidad.

Ven bien que al término de esta lógica del fantasma, término suficientemente justificado en el hecho que una vez más voy a volver a acentuar hoy: el fantasma está, de una manera mucho más precisa aún que todo el resto de lo inconsciente, estructurado como un lenguaje; puesto que

a fin de cuentas el fantasma es una frase con una estructura gramatical que parece indicar entonces, al articular la lógica del fantasma –lo cual quiere decir, por ejemplo, plantear un cierto número de preguntas lógicas, algunas de las cuales, por simples que sean, han sido articuladas no muy a menudo, no digo por primera vez por mí, sino tal vez por primera vez por mí en el campo analítico (la relación del sujeto del enunciado, por ejemplo, con el sujeto de la enunciación). Bueno, pues bien, esto no excluye que al término de este primer desenredo, esta indicación, esta dirección dada del sentido que podría desarrollarse en lo sucesivo de una manera más plena, más articulada, más sistemática, de esta lógica del fantasma no pretendo sino haber abierto este año su surco. El surco... sí...

— *¿Quién es el que... está inquieto, usted?*

— [Alguien en la sala]: *No puedo oír...*

— *No puede oír, pues bien, ahora... ¡ya lo sabe!*

No solamente no excluye, sino que eso indica, por supuesto, que en alguna parte, esta lógica del fantasma se engancha, se inserta, se cuelga en la *economía* del fantasma. Es justamente por eso que al final de ese discurso traje este término del *goce*.

Lo traje subrayándolo, acentuando que ahí es un término nuevo, por lo menos en la función que le doy, y que no es un término que Freud haya traído al primer plano de la articulación teórica.

Y si mi enseñanza, en suma, pudiera hallar su... su eje, en la fórmula de *darle valor* a la doctrina de Freud, esto es justamente algo que implica, que anuncie allí, que esboce allí, tal función, tal coordenada, que está en cierta forma cernida, perfilada, exigida, implicada allí... Darle valor a Freud es hacer lo que siempre hago: primero, como se dice, darle a Freud lo que es de Freud; lo cual no excluye alguna otra fidelidad. Por ejemplo, la de darle valor frente a lo que indica, a lo que implica, de la relación con la verdad.

Hasta diría que, si algo así es posible, es precisamente en la medida en que jamás dejo de darle a Freud lo que es de Freud, que yo no me lo apropio. Ese es un punto que, debo decirlo, tiene su importancia y tal vez tenga el tiempo de volver a esto al final.

Es bastante curioso ver que para algunos se trata de apropiarse, quiero decir, de no darme lo que me deben de manera más manifiesta –cada cual puede darse cuenta de eso en sus formulaciones–, no es eso lo importante, lo importante es ese algo que no es el dejar de dármelo, que les impide –lo cual sin embargo sería, en muchos campos, bastante fácil–, dar el paso

siguiente, enseguida, en lugar ¡ay! de dejármelo siempre por dar, a riesgo de, *a posteriori*, ¡desesperarse de que yo les haya, tal como parece, ganado de mano!

Entonces, acerquemos esta función del fantasma. Y primero, para darnos cuenta, decir simplemente como el punto de partida mismo de nuestro asunto –es algo que salta a la vista– que es algo *cercado*, que se nos presenta, en nuestra experiencia, como una significación cerrada para los sujetos que, habitualmente, por lo común, de la manera más acostumbrada, lo soportan para nosotros, a saber, los neuróticos; nótese, como lo hace Freud con fuerza, en el ejemplar examen que hace de uno de esos fantasmas, *Pegan a un niño*, que ya hice, si lo recuerdan ustedes, cuando introduje los primeros esquemas de este año (que, por supuesto, les aconsejo, cuando hayan recogido las notas que ustedes hayan podido tomar de mayor o menor extensión, a las cuales, creo, recurrirán de nuevo, para captar el camino que se habrá recorrido aquí). Es algo cercado, entonces, ha de situarse, y doblemente, en esos dos términos que he acentuado; el uno como ese correlato de la elección constituida por el *yo no pienso*, en el cual *yo [je]* se constituye por el hecho de que justamente el *yo [je]*, viene como reserva, si puedo decirlo, como merma en negativo en la estructura gramatical.

Ese fantasma (no “pegan a un niño”, por ejemplo, sino para ser estricto, “un niño es pegado”, como está escrito en alemán), ese fantasma es justamente esta estructura que a nivel del único término posible de la elección tal como lo deja la estructura de la alienación –la elección del “yo no pienso”–, ese fantasma aparece como esta frase gramaticalmente estructurada: *Ein Kind wird geschlagen*.

Pero, como les dije, esta estructura –la única que se nos ofrece, la elección forzada, a nivel del *o yo no soy, o yo no pienso*– si está ahí, es en la medida en que puede ser llamada a develar la otra, la rechazada,¹ y que, en el nivel de la otra, la del *yo no soy*, es la *Bedeutung* inconsciente la que viene correlativamente a encaballarse sobre ese *yo [je]* que está en tanto no estando. Y la relación con esta *Bedeutung* es precisamente esta significación, en tanto esta significación cerrada escapa, esta significación sin embargo tan importante de subrayar, en tanto que, si puede decirse, es la que da la medida de la *comprensión*, la medida aceptada, la medida admitida, la intuición, la experiencia que se interpela, en cuanto a sostener esos discursos de falsa apariencia

¹ Sizaret: “rechazarla”.

que acuden a la comprensión, como opuesta a la explicación: santidad y vanidad filosófica, señor Jaspers, en primera fila.²

El punto de las tripas al que les apunta para hacerles creer que comprenden cosas de cuando en cuando, es ese, es esa cosita secreta, aislada, que tienen ustedes adentro en la forma del fantasma, y que creen ustedes comprender porque él despierta en ustedes la dimensión del deseo.

Eso es, muy simplemente, de lo que se trata en lo que se llama *comprensión*.

Y recordarlo tiene aquí su importancia. Porque... no es porque en promedio todos cuantos son ustedes, digo, para la mayoría, un tanto neuróticos en los bordes, el fantasma les da la medida de la comprensión precisamente en ese nivel en que el fantasma despierta en ustedes el deseo (lo cual no es poca cosa puesto que es lo que centra el mundo de ustedes), no es por eso que tienen que imaginarse que comprenden lo que, únicamente, la lógica del fantasma entrega, a saber, la perversión.

No se imaginen que, para el perverso, el fantasma juegue el mismo papel. Y es ahí que intento explicarles el arraigo de lo que hace el perverso que no podría definirse sino respecto al término que introduce, igualmente nuevo por haberlo acentuado, que se llama *el acto sexual*.

Entonces, lo ven, hay conexiones ahí que hay que distinguir. Articular lo que concierne al goce comprometido en la perversión, respecto a la dificultad o a la sin salida del acto sexual, es dar algo que tiene, respecto al fantasma –al fantasma tal como se nos da en estado cerrado (y es por eso que recordé hace poco ese ejemplo de *Pegan a un niño*, en el texto freudiano) la *función* de ese fantasma que no puede presentar como tal, que no puede ser sino estrictamente esta fórmula: *Ein Kind wird geschlagen*. ¡No es porque puede interesar –en este sentido: que tiene una configuración que pueden ustedes puntuar, reportar, en la economía del goce perverso, haciendo corresponder tal de los términos del uno con tal de los términos del otro– que entonces sea de alguna manera de igual naturaleza! En otros términos, para recordar enseguida ese punto vivo (que no obstante no es difícil de recoger de pasada en ese texto tan claro de Freud), es por ejemplo esto: que no tiene tal especificidad en los casos de neurosis en que lo encontré.

² Jaspers K., *Psychopathologie générale*, 1ª edición alemana, 1913, traducción al francés de A. Kastler y J. Mendousse, París, Librairie Félix Alcan, 1933 [D.].

En la estructura de una neurosis, ese fantasma –para tomar ese, puesto que hay que tomar alguno para saber dónde fijar nuestra atención–, ese fantasma no está vinculado específicamente con tal o tal. ¡He ahí algo que podría retener un instante nuestra atención!

En fin, en lo que concierne a la estructura de los síntomas, quiero decir, de lo que significan los síntomas en la economía, ahí no podemos decir que la cosa se arregle: lo mismo pasa en una neurosis o en otra.

Jamás lo repetiré demasiado, aun si parezco sorprender cuando, ante aquellos que confían en mí al venir a tener controles conmigo, me opongo por ejemplo, con fuerza, contra el uso de términos como los de, por ejemplo, “estructura histero-(guión)-fóbica”. ¿Y por qué? ¡No es lo mismo una estructura histérica y una estructura fóbica! No es más cercana una de la otra que de la estructura obsesiva, cuyo síntoma representa una estructura.

Es ahí donde está el punto sorprendente. Es que, como nos lo indica Freud, en estructuras muy diferentes, ese fantasma puede estar ahí paseándose con el privilegio, el privilegio de ser aquí más inconfesable que cualquier cosa; leo a Freud, lo repito aquí por el momento. *Inconfesable* implica muchas cosas. Podría uno detenerse ahí.

En todo caso, para permanecer en un nivel de abordaje burdo, que es el del año 1919 en que esto fue escrito, digamos que está colgado de allí, como una cereza de un pedúnculo³, el sentimiento de culpabilidad. En todo caso, es en eso que se detiene Freud, para relacionarlo con lo que él llama una cicatriz. Aquella, precisamente, del complejo de Edipo.

Esto está bien hecho para hacernos decir que, por la manera como surgió en nuestra experiencia, el fantasma participa del aspecto, así, experimental, del cuerpo extraño.

Que hayamos sido llevados –y esto en razón de un verdadero salto⁴ teórico de Freud–, a presentir que esta significación cerrada⁵ tenía relación con algo diferente, mucho más desarrollable, mucho más rico en virtualidades, que propiamente hablando se llama la perversión, no es porque Freud dio ese salto muy rápido que, nosotros, no debamos volver a poner las distancias, la justa relación, interrogarnos, pues, luego de tanta experiencia adquirida, sobre lo que concierne a la perversión.

La perversión entonces, dije, es algo que se articula, se presenta, como una vía de acceso propia de la dificultad que se engendra, digamos, del “proyecto” –y pongan esa palabra entre

³ “pedículo” [Sizaret].

⁴ “puente” [Sizaret].

⁵ “significación firme” [Sizaret].

comillas, es decir, que ahí no es más que analógica; la hago intervenir como una referencia a otro discurso que no es el mío— del cuestionamiento, para ser más exactos, que se sitúa en el ángulo de esos dos términos: *NO hay... SÓLO hay... – ... acto sexual, el acto sexual.*

No hay acto sexual, dije, por cuanto somos incapaces de articular sus afirmaciones resultantes. Esto no quiere decir, por supuesto, que no haya algunos sujetos que hayan accedido, que puedan decir legítimamente: “soy un hombre”, “soy una mujer”. Pero nosotros, *analistas*, [risita] —es justamente ahí donde está lo sorprendente—, nosotros no somos capaces de decirlo.

Sin embargo, *sólo* hay este acto, puesto en suspenso a ese nivel, para *dar cuenta* de ese algo que, en últimas —la cosa no solamente quedó, sino que aún queda ambigua—, podría estarle separada de eso que se llama la perversión. ¿Por qué?

Si fuera una perversión en el sentido absoluto, en el sentido en que Aristóteles la toma por ejemplo cuando aleja⁶ (τέρας: “esos son monstruos”) del campo de su *Ética* un cierto número de prácticas, que tal vez eran, por qué no, más manifiestas, más visibles, más vivaces también, en su mundo que en el nuestro (donde, de hecho, no hay que creer que ya no están); a saber, tal ejemplo que nos da de amor bestial, y hasta, si me acuerdo bien, la alusión al hecho de que no sé qué tirano de Falera, si me acuerdo bien, gustaba mucho... de hacer pasar algunas víctimas —ya le resultasen amistosas o no— hacerlas pasar por no sé qué máquina en donde se estofaban durante un cierto tiempo... Aristóteles retira esto del campo de la ética. Por supuesto, no es para nosotros un modelo unívoco, puesto que en su *Ética*, el *acto sexual* no tiene, justamente —así como en ninguna ética de la tradición filosófica griega—, el *acto sexual* no tiene valor central, quiero decir, confesado, patente. Nos toca, a nosotros, leerla. No pasa lo mismo para nosotros, gracias al hecho de la inclusión de los *mandamientos* judaicos en nuestra moral.

Pero, seguramente, con Freud, la cosa es firme: el interés que le damos a la perversión sexual —aun cuando nos parezca más cómodo aflojar sus cadenas, en la forma de referencias a no sé qué desarrollo endógeno, o no sé qué estadios que pretendemos, no sé por qué, biológicos, queda que la perversión no adquiere su valor sino al articularse con el acto sexual.

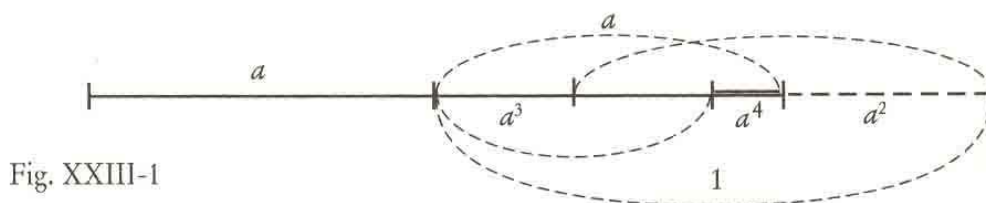


Fig. XXIII-1

⁶ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, VII-V.

Digo: con el acto sexual como tal. Y es por eso que escogí este modelito... este modelito de la división inconmensurable por excelencia de ese *a minúscula*, el más amplio modelo para desarrollar su inconmensurabilidad, que se define por el *Uno sobre a igual Uno más a*, y nos permite inscribirlo en un esquema, bajo la forma de un doble desarrollo. ¿Tendré que volverlo a inscribir hoy?...

Indico únicamente: siendo esto *Uno*, hay manera de replegar aquí el *a minúscula*, luego lo que le queda –que resulta como por azar ser el cuadrado de *a*, él mismo igual a *uno menos a* (no es difícil verificarlo enseguida)– para producir aquí un a^3 , el cual se repliega sobre el a^2 precedente para hacer aquí un a^4 , a^4 que, etc.... y culminar aquí en una suma de potencias impares que resulta ser igual a a^2 , mientras que la suma de las potencias pares resulta al final igual a *a*. Con lo cual, lo que ustedes vieron primero proyectarse en el *Uno*, a saber, el *a* de la izquierda, el a^2 de la derecha, resultan al final separados de una manera definitiva en una forma invertida.

Esquema del que nos sería fácil, aunque de una manera puramente metafórica, mostrar que puede representar bastante bien lo que podrá presentarse, del acto sexual, para nosotros, de una manera conforme al presentimiento de Freud, a saber: realizable, pero únicamente bajo la forma de la sublimación.

Es precisamente en la medida en que esta vía –y lo que implica– sigue siendo problemática, y en que la excluyo este año... Puesto que decir que eso puede realizarse bajo la forma de la sublimación es alejarse precisamente de aquello con lo que nos enfrentamos, a saber, que en su campo surja, estructuralmente, toda la cadena de las dificultades que se desarrollan, que se incluyen de una hiancia mayor, y de una hiancia que queda, que es la de la castración... Es en la medida... ahí, el voto común, si puedo decirlo, de los autores, de aquellos que tienen esa experiencia, es claro: es, al mínimo, puede decirse, en una vía que es invertida respecto a la que va al tope de la castración, que se articula lo que es perversión.

El interés de este esquema es éste: mostrar que esta medida *a minúscula*, aquí primero proyectada en el 1, puede también desarrollarse de una manera externa. A saber, que la relación de *Uno sobre uno más a*, es también igual a esa relación fundamental que designa el *a minúscula* que quiere decir aquí, lo recordé en su momento: *a sobre uno*.

Que de lo que se trata a nivel de la perversión es de esto: que es en la medida en que el *Uno*, presunto, no del acto sino de la unión (del pacto, si quieren) sexual, en la medida en que ese

Uno es dejado intacto, en que la partición no se establece allí, que el sujeto llamado perverso, viene a hallar a nivel de este irreductible que él es, de ese *a minúscula* original, su goce.

Lo que lo hace concebible es esto:

– que no podría haber acto sexual allí, ni tampoco ningún otro acto, salvo en la *referencia significativa* que, es la única que puede constituirlo como acto;

– que esta referencia significativa, aquí, sólo compromete, por ese solo hecho, *dos entidades naturales*, el macho y la hembra;

– que por el solo hecho de que domina, porque es un campo de acto, del acto sexual,⁷ esta referencia significativa no [*sic*] introduce esos seres... que nosotros no podemos de ninguna manera mantener en el estado de seres naturales, los introduce en forma de una *función de sujeto*;

– que esta función de sujeto –es lo que articulé en las ocasiones precedentes– tiene por efecto la *disyunción del cuerpo y del goce*, y que es ahí, a nivel de esta partición, que interviene más típicamente la perversión.

Lo que ésta valoriza, para intentar volver a juntar este goce y ese cuerpo, separados por el hecho de la intervención significativa, es aquello con lo cual se sitúa en la vía de una resolución del asunto del acto sexual.

Es porque en el acto sexual, como se los mostré con mi esquema de la última vez, hay (para cualquiera, de los dos *partenaires* cuál) un goce, el del otro, que queda en suspenso. Es porque el entrecruzamiento, el quiasma exigible que haría metáfora de pleno derecho de cada uno de los cuerpos, que lo haría el significativo del goce del otro, es porque ese quiasma está en suspenso que no podemos, sin importar desde dónde lo abordemos, sino ver ese desplazamiento que, en efecto, pone un goce bajo la dependencia del cuerpo del otro.⁸ Con lo cual, el goce del otro queda, como lo dije, a la deriva.

El hombre, por el hecho estructural que hace que sea de su goce que se extrae algo que lo eleva a la función de un valor de goce, el hombre resulta, más electivamente que la mujer, cogido en las consecuencias de esta sustracción estructural de una parte de su goce. El hombre es efectivamente el primero en soportar la realidad de ese agujero introducido en el goce. Es justamente por eso también que, es para él, que en este asunto del goce es, no por supuesto de más peso –lo es tanto como para su compañera– sino tal que puede dar allí soluciones

⁷ Transcripción incierta; “un campo bajo del acto sexual” [Sizaret]; “un campo de acto, de acto sexual” [Dorgeuille].

⁸ En estos dos párrafos la grafía “otro” u “Otro” es incierta.

articuladas. Puede hacerlo en favor de esto: que hay, en la naturaleza de esta cosa que se llama cuerpo, algo que duplica esta alienación, que es –de la estructura del sujeto– alienación del goce.

Al lado de la alienación subjetiva –quiero decir, dependiente de la introducción de la función del sujeto– que recae en el goce, hay otra que es la que está encarnada en la función del *objeto a*.

Eurídice, si se la puede llamar dos veces perdida, ¿dónde recobrará el goce, ese goce que el perverso recupera? No en la totalidad de su cuerpo, totalidad donde un goce es perfectamente concebible y tal vez exigible, sino allí donde es claro que causa problema cuando se trata del acto sexual.

El goce del acto sexual no podría de ninguna manera compararse con el que puede experimentar el corredor, con ese paso libre y altivo. En ninguna otra parte se manifiesta mejor que en ese campo del goce sexual (y no por nada es ahí que se manifiesta preponderante), en ninguna parte mejor que en ese campo se manifiesta que la ley del goce está sometida a este límite del principio del placer –que es propiamente el límite, el tropiezo, el término que se le pone a toda forma que se sitúe como de exceso de goce–. Y que es ahí donde se hallará muy especialmente para el hombre –en la medida en que, ya lo dije, para él, el complejo de castración articula ya el problema– [se] hallará su campo⁹; quiero decir, que hay objetos que, en el cuerpo, se definen por estar, en cierta forma, respecto al principio del placer, *fuera-del-cuerpo*.

Es ahí donde están los objetos *a*. El *a minúscula* es ese algo ambiguo que, por poco que sea del cuerpo, del objeto,¹⁰ aun individual, es en el campo del Otro –y con razón, porque ese es el campo donde se perfila el sujeto–, donde ha de hacer su búsqueda, de hallar su huella.

El *seno*, ese objeto que bien hay que definir como siendo ese algo que, por estar chapado, enganchado como en la superficie, como parasitariamente a la manera de una placenta, es ese algo que el cuerpo del niño puede legítimamente reivindicar como de su pertenencia. Se lo ve bien, pertenencia enigmática ¡por supuesto! Entiendo que, por un accidente evolutivo de los seres vivos, resulta que así, para algunos de ellos, algo de ellos queda colgado del cuerpo del ser que los engendró.

Y luego los demás... ya lo dijimos, el *excremento*, apenas si se necesita subrayar lo que éste tiene de marginal respecto al cuerpo, pero no sin estar extremadamente vinculado con su

⁹ “hallará su campo” [Sizaret].

¹⁰ “el objeto mismo”.

funcionamiento; queda suficientemente claro al ver en todo su peso lo que, de los productos de sus funciones, los seres vivos agregan al campo natural.

Y luego, los que ya designé con los términos de *mirada* y de *voz*. Buscando, por lo menos para el primero de esos dos términos, que ya ha sido articulado aquí abundantemente en lo que concierne al hecho de que en la relación de visión, el asunto¹¹ que queda siempre suspendido, es el que, muy sencillo de articular –del que puede decirse que, a pesar de todo, el abordaje fenomenológico, como lo prueba la última hora... obra de Merleau-Ponty,¹² no puede resolverlo–, a saber, lo que concierne a esta “raíz de lo visible”, la cual debe ser vuelta a buscar en la pregunta sobre lo que *es* radicalmente la mirada.

La mirada que no puede, ya, ser captada como reflejo del cuerpo, que ninguno de los otros objetos en cuestión no puede ser vuelto a captar en el alma. Quiero decir, en esta estesia reguladora del principio del placer, en esta estesia representativa, donde el individuo se reencuentra y se apoya, identificado consigo mismo, en la relación narcisista donde se afirma como individuo.

Ese resto –y ese resto que solamente surge del momento en que se concibe el límite que funda el sujeto– ese resto que se llama *objeto a*, es donde se refugia el goce que no cae bajo el peso del principio del placer. También es ahí, es por estar ahí, es por el hecho de que el *Dasein*, no solamente del perverso sino de todo sujeto, ha de situarse en este fuera-del-cuerpo; esta parte que perfila ya ese algo de presentimiento que hay en alguna parte del *Filebo* (en ese pasaje que les pedí que fueran a buscar) y que Sócrates llama, en la relación del alma con el cuerpo, esa parte *anestésica*.¹³ Es justamente en esta parte anestésica donde se alberga el goce, como lo muestra la estructura de la posición del sujeto en esos dos términos ejemplares, que están definidos como el del sádico y el del masoquista.

Para domesticarlos, si puedo decirlo, con esta vía de acceso, ¿acaso necesito evocar para ustedes la más elemental marioneta de lo que podemos imaginar del acto sádico? Salvo, por supuesto, que he tomado al comienzo mis precauciones, y que les pido que capten bien que ahí, les pido que se detengan en algo diferente a lo que, en ustedes (todos, lo dije, más o menos vacilantes en los bordes de la neurosis) puede despertar de vaga empatía el mínimo pequeño

¹¹ Sizarret: “el hecho en la relación de visión; el asunto [...]”

¹² Merleau Ponty Maurice, *Le Visible et l'invisible*, Gallimard, 1964, comentado en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.

¹³ *Filebo*, cf. todo el pasaje 33d a 34a [H. R.]

fantasma de este orden. No se trata de “comprender” lo que puede tener de emocionante tal práctica imaginada o no, que sea de ese registro. Se trata sí de articular esto, que les evitará preguntas sobre la economía, en esta función, del dolor por ejemplo, sobre el cual, espero, ya han dejado de romperse la cabeza: con lo que juega el sádico *es con el sujeto*, diremos nosotros. No voy a hacer aquí prosopopeya... en primer lugar ya escribí algo al respecto que se llama *Kant con Sade*, para mostrar que son de la misma vena.

Juega con el sujeto. ¿Cuál sujeto? El sujeto, diría yo –como ya dije en alguna parte, que uno está “sujeto al pensamiento”, o “sujeto al vértigo”–, el sujeto *al goce*. Lo cual, lo ven bien, introduce esta inflexión que nos hace pasar del sujeto a lo que marqué como siendo su resto: al objeto *a minúscula*.

Es a nivel del Otro, con A mayúscula por supuesto, que opera esta subversión, regulando, digo, *regulando* lo que desde siempre los filósofos han experimentado como digno de calificar como lo que ellos llaman desdeñosamente las relaciones del cuerpo al alma, y que en Spinoza se llama, por su verdadero nombre: *titillatio*, el cosquilleo.¹⁴

Él goza del cuerpo del Otro, aparentemente. Pero ven ustedes bien que la pregunta ha de desplazarse al nivel de la que formulé en un campo donde las cosas son menos cautivantes, cuando imaginé esa relación del amo y del esclavo al preguntar: de lo que se goza ¿goza? Entonces, ven ustedes bien la relación inmediata con el campo del acto sexual.

Sólo que, el asunto a nivel del sádico es éste: que él no *sabe* que es a esta pregunta *en cuanto tal* que está apegado. Que se vuelve su *instrumento* puro y simple; que no sabe lo que él mismo hace como sujeto; que él está esencialmente en la *Verleugnung*; que puede sentirlo, interpretarlo de mil maneras, y no deja de hacerlo.

Por supuesto, se requiere que tenga algún poder articulante, que fue el caso del Marqués de Sade, gracias a lo cual, legítimamente, su nombre queda atado a la cosa.

Sade sigue siendo esencial por haber señalado bien las relaciones del acto sádico con lo que concierne al goce, y por haber mostrado –cuando intentó, irrisoriamente, articular la ley, bajo la forma de una regla universal digna de las articulaciones de Kant, en ese trozo célebre: “Franceses, un esfuerzo más para ser republicanos”,¹⁵ objeto de mi comentario en el artículo que evoqué hace poco –que esta ley no podría articularse sino en términos, no de goce del cuerpo –

¹⁴ Spinoza, *Ética*, III, proposición XI, escolio: “el afecto de Gozo cuando se relaciona al mismo tiempo con la Mente y con el Cuerpo”.

¹⁵ Sade Donatien-Alphonse-François de, *La filosofía en el tocador*.

nótenlo bien, en el texto—, sino de *partes* del cuerpo. Cada cual, en este Estado (con una E mayúscula) fantasmático que estaría fundado en el derecho al goce, cada cual estaría obligado a ofrecer, a cualquiera que señale un designio, el goce de tal “parte”, escribe el autor (ahí no es en vano), de su cuerpo.

Esta parte, refugio del goce, del que el sujeto sádico sólo conoce esta parte, es exactamente lo que es su *Dasein*, el de él, que realiza su esencia¹⁶. Esto es lo que ya se da como clave en el texto de Sade.

Por supuesto... no tengo tiempo porque, ¡Dios mío!, el tiempo avanza, de rearticular lo que resulta de este retomar, de esta reclasificación del uno respecto al otro, del goce y del sujeto, y cuán cerca está del fantasma, por supuesto inmediatamente articulado por Sade, del goce allí donde éste es llevado a lo absoluto en el Otro (muy precisamente en esta parte del *Uno* que está aquí más a la derecha), allí donde habíamos visto deslizarse, al comienzo del problema, el goce que había quedado sin soporte, el goce del que se trata, y para el que Sade debe construir, ateo él, esta figura, que es sin embargo la más manifiesta y la más manifiestamente verosímil de Dios: la del goce de una maldad absoluta. Ese mal esencial y soberano, del que entonces y sólo entonces, llevado, si puede decirse, por la lógica del fantasma, Freud... *Sade* confiesa que el sádico no es sino su sirviente; que él debe, al mal radical que constituye la naturaleza, abrirle las vías de un máximo de destrucción.

Pero, no lo olvidemos, ahí no se trata sino de la *lógica* del asunto [*de la chose*]. Si lo desarrollé en... o lo indiqué —o señalé que se remitieran a sus fuentes—, en el carácter tan manifiestamente fútil, bufón, en el carácter siempre miserablemente abortado de las empresas sádicas, es porque es a partir de esta apariencia que se hará ver mejor la verdad.

La verdad, que es dada propiamente por la práctica masoquista, donde es evidente que el masoquista —para... sustraer, si puede decirse, hurtar, en la única esquina¹⁷ donde manifiestamente es captable lo que es el objeto *a minúscula*, se entrega, deliberadamente, a esta identificación con este objeto como rechazado: es menos que nada, ni siquiera animal, el animal que se maltrata, e igualmente sujeto que, por su función de sujeto, ha abandonado por contrato todos los privilegios.

¹⁶ Sizarret: “cuya esencia él realiza”.

¹⁷ “en el único punto” [Dorgeuille].

He ahí, en esta búsqueda, en esta construcción en cierta forma encarnizada, de una identificación imposible con lo que se reduce a lo más extremo del desecho, y porque esto esté relacionada para él con la captación del goce, el lugar donde aparece, desnuda, ejemplar, la economía en cuestión.

Ahí, observemos... sin detenernos en los versos sublimes [risita irónica] que humanizan, si puedo decir, esta maniobra:

*“Mientras que de los mortales la multitud vil,
Bajo la férula del placer, inmisericorde verdugo,
Recogerá remordimientos en la fiesta servil...”*¹⁸

¡Todo eso son cuentos! Es el reflejo que recae en la ley del placer. El placer no es un “inmisericorde verdugo”. El placer los mantiene en un límite bastante taponado, precisamente, para ser el placer. Pero de lo que se trata, cuando el poeta se expresa así, es muy precisamente de marcar su distancia:

*“[...] Mi dolor, dame la mano; ven para acá,
Lejos de ellos...”*, etc.¹⁹

¡Canto de flauta!... para mostrarnos los encantos de un cierto camino, y que se obtiene, con este dolor,²⁰ así invertido.

Si hemos de vérnosla con el masoquista, con el masoquista sexual, observemos la necesidad de nuestro esquema. Lo que Reik²¹ subraya –con una torpeza que es realmente para embobarlos–, sobre el carácter de lo que él llama “imaginario” o fantasioso”, exactamente *Phantasiert*, del masoquismo. Realmente no ha captado (aun cuando todo lo que aporta lo designa suficientemente) que de lo que se trata es justamente de lo que hemos proyectado ahí, a nivel del *Uno*, a la derecha, a saber, el *Uno* absoluto – de la unión sexual... por cuanto que, por una parte, es este goce puro, pero desprendido, del cuerpo femenino...

Si Sacher-Masoch –tan ejemplar como el otro, por habernos entregado las estructuras de la relación masóquica– encarna en una mujer, esencialmente en la figura de una mujer, a este Otro,

¹⁸ *Tandis que des mortels la multitude vile,
Sous le fouet du plaisir, ce bourreau sans merci,
Va cueillir des remords dans la fête servile...*

Cfr. Baudelaire Charles, “Recueillement”, en *Les fleurs du mal*. Exactamente : « Pendant que des mortels... »

¹⁹ *Ma douleur, donne moi la main; viens par ici,
Loin d’eux...*

²⁰ Sizarot: “con esos colores”.

²¹ Reik Theodore, *Le Masochisme*, capítulo III, Payot, 1953.

al cual ha de hurtarle su goce, en ningún momento se trata de que este Otro goce, absoluto pero completamente enigmático, pueda “complacer”, si puedo decirlo, a la mujer! ¡Es la menor de las preocupaciones del masoquista! Es justamente por eso, así mismo, que cuando su mujer, a quien él ridiculizó con un nombre que ella no tenía, con el nombre de Wanda de *La venus de las pieles*,²² cuando su mujer escribe sus memorias,²³ ¡nos muestra hasta qué punto ella se encuentra más o menos tan complicada con sus búsquedas como una gallina criando patos!²⁴

... En cambio, para qué romperse la cabeza con el hecho de que *se requiere* que este goce –como les dije: *puramente imaginario*– esté encarnado, en este caso por una pareja, que necesita justamente, esto es ostensible, de la estructura de este Otro, en la medida en que no es más que el doblado de este *Uno* aún no repartido en la división sexual. No hay por qué, para decirlo todo, romperse la cabeza entrando en evocaciones edípicas para ver que es necesario que este ser, que representa este goce mítico –que yo refiero aquí al goce femenino–, esté en este caso representado por dos compañeros pretendidamente “sexuales”, que están ahí para hacer teatro, para hacer el payaso, y alternan.

El masoquista, entonces, de una manera manifiesta, se sitúa y sólo puede situarse *respecto a una representación* del acto sexual, y define, con su sitio, el *lugar* donde se refugia su goce.

Hasta es lo que tiene de irrisorio. Y no solamente irrisorio para nosotros; es irrisorio para él. Es así como se explica ese doble aspecto de irrisión –quiero decir, hacia el exterior–, en la medida en que nunca deja de poner en la escenificación, como lo señaló alguien que sabe de eso, el señor Jean Genet, esa cosita que marca, no para un público eterno, sino para que quienquiera que llegue no se equivoque allí (eso hace parte del goce), que todo eso es truco, hasta broma. Y esta otra cara que puede llamarse, propiamente hablando, *burla*, que ha girado hacia él mismo... basta con haberla vuelto a leer (puesto que ya la tienen a su alcance, luego de la admirable *Presentación* de Gilles Deleuze) *La venus de las pieles*... ven ese momento en que ese personaje, no obstante muy *señor* que era Sacher Masoch, imagina ese personaje de su novela –del que él hace entonces un *gran* señor– que mientras que juega el papel de mozo que corretea tras su dama, tiene todas las dificultades del mundo para no soltar la risa, aun cuando tome ese aire tan triste como sea posible, sólo con dificultad logra aguantar su risa.

²² Sacher-Masoch, Leopold von, *La Venus de las pieles*.

²³ Sacher-Masoch, Wanda von, *Confession de ma vie*, Mercure de France, 1907.

²⁴ *qu'un poisson d'une pomme*, como un pez con una manzana [T.]

Lo que introduce otra vez allí, entonces, como esencial, esto: el aspecto que yo llamaría... y que ha sorprendido también a Reik, sin que él pueda dar cuenta completamente de eso, a ese respecto... el aspecto *demostración* de la cosa que hace parte de esta posición del masoquista. Que él *demuestre*, como yo en el tablero, eso tiene el mismo valor, que demuestre que solamente ahí está el lugar del goce. Eso hace parte de su goce, demostrarlo. Y la demostración no por eso es menos válida.

La perversión entera tiene siempre esta dimensión demostrativa. Quiero decir, no que demuestre para nosotros sino que el perverso es él mismo demostrador. Y quien tiene la intención es él ¡no la perversión, por supuesto!

Es a partir de ahí que pueden plantearse sanamente las preguntas de lo que concierne a lo que llamamos, más o menos prudentemente, el “masoquismo moral”. Antes de introducir el término de masoquismo en cada recodo de nuestro propósito, hay que haber entendido bien primero qué es el masoquismo a nivel del perverso.

Les he indicado suficientemente hace poco que en la neurosis, lo que la vincula con la perversión no es más que ese fantasma que, dentro del campo de la neurosis, cumple una función muy especial, sobre la cual, al parecer, nunca se había inquirido en verdad. Es únicamente a partir de ahí que podremos darle justo valor a lo que introduciremos más o menos con justa razón, en tal giro de la neurosis, llamándolo “masoquismo”.

Hoy me falta tiempo y literalmente lo que les digo queda, por no poder continuar con la neurosis, partido en dos; esto tiene que ver con que, por supuesto, siempre, mido mal lo que puedo decirles de una sola vez. Pero hoy articulé bien lo que constituye el resorte de la perversión en sí misma, y al mismo tiempo les mostré que el sadismo no debe verse de ninguna manera como una inversión del masoquismo. Puesto que es muy claro que ambos operan de la misma manera, salvo que el sádico opera de una manera más ingenua. Al intervenir en el campo del sujeto, en tanto que está sujeto al goce, el masoquista, en últimas, sabe bien que poco le importa lo que suceda en el campo del Otro; por supuesto, se requiere que el otro se preste para el juego, pero él *sabe* el goce que ha de sustraer. En cuanto al sádico, resulta, en verdad, siervo de esta pasión, de esta necesidad, de traer al yugo del goce aquello a lo que le apunta como siendo el sujeto. Pero no se da cuenta de que en ese juego él mismo es el engañado. Haciéndose siervo de algo que está enteramente por fuera de él, y quedándose la mayor parte del tiempo a medio camino de lo que apunta; pero sin dejar en cambio, de realizar *de hecho* –quiero decir, él

sin saberlo, sin buscarlo, sin situarse allí, sin ubicarse allí– la función del *objeto a*, es decir, por estar objetiva y realmente en una posición masoquista, como nos lo demuestra suficientemente la biografía de nuestro divino Marqués, ya lo subrayé. ¡Qué más masoquista que haberse entregado enteramente en manos de la marquesa de Merteuil!²⁵

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com

²⁵ La marquesa de Merteuil es un personaje de la novela de Choderlos de Laclos, *Les liaisons dangereuses*. La suegra de Sade es la presidente de Montreuil. Lacan pronunció “la marquesa de Merdœil”, aludiendo así a “la mierda” en el prefijo *merde*.